

Por fin, después de todas mis vicisitudes, andanzas, y lastimosas faenas me encontré con algunos escritos de esta gente llamada cuáquera. Les eché un vistazo desdeñoso por considerar que no llegaban a esa sabiduría, luz, vida y poder que yo había estado añorando y buscando... Después de largo tiempo me invitaron a escuchar a uno de ellos (cosa que habían hecho a menudo ya que en su tierno amor me tenían lástima sintiendo que a mi me faltaba lo que ellos poseían)... Cuando vine sentí la presencia y el poder del Altísimo entre ellos, y palabras de verdad venidas del Espíritu de verdad llegando a mi corazón y a mi conciencia, abriendo mi condición como en la presencia del Señor. Sí, no sólo sentí palabras y demostraciones desde fuera, sino que sentí lo muerto reanimado, la semilla levantada. De modo que, con la certidumbre de luz y la claridad de experiencia verdadera, mi corazón dijo: “Éste es Él; éste es Él; no hay otro; Éste es el que yo he esperado, y a quien yo he buscado desde mi infancia; Él, que siempre estaba cerca de mí, y que a menudo engendraba vida en mi corazón, pero yo no lo conocía sino vagamente, ni sabía cómo recibirlo, ni cómo morar con Él.” Y así en esta experiencia (al derretirse y quebrantarse mi espíritu), me sentí entregado al Señor para hacerme suyo, tanto al esperar que su Semilla se revelara en mí aún más, y al servirle en la vida y poder de su Semilla.

Si algunos quieren saber con qué yo me he encontrado, les respondo: “Me he encontrado con la Semilla.” Entiende esa palabra y vas a quedar satisfecho y no preguntarás nada más. Me he encontrado con mi Dios, me he encontrado con mi Salvador, y Él no ha estado presente en mí sin su Salvación, sino que debajo de sus alas he sentido mi alma ungida por su bálsamo. Me he encontrado con el Padre de la Semilla, y en la Semilla lo he sentido mi Padre; ahí he conocido su naturaleza, su amor, sus compasiones, su ternura, que han derretido, vencido y transformado mi corazón ante Él. Me he encontrado con la fe de la Semilla que ha hecho y hace lo que la fe del hombre nunca podría hacer. Me he encontrado con el verdadero Nacer, con el Nacer que es Heredero del Reino y que hereda el Reino. Me he encontrado con el verdadero espíritu de oración y súplica con que se ruega a Dios y con el que se consigue de Él lo que nuestra condición necesita, con el alma siempre vuelta hacia Él en la voluntad y en el tiempo y por los medios aceptables a Él. ¿Qué diré? Me he encontrado con la verdadera paz, la verdadera rectitud, la verdadera santidad, el verdadero descanso del alma, el aposento imperecedero en donde moran los redimidos.

Y sé que todo esto es verdad en Él, quien es verdad, y no soy capaz de ninguna duda, ni raciocinio, ni disputa en mi mente sobre esto, porque mi mente mora ahí mismo en donde ha recibido plena certidumbre y satisfacción absoluta. Y además en el espíritu reconozco muy bien y nítidamente dónde están estas dudas y disputas, y dónde están la certidumbre y la seguridad completa, y la tierna misericordia del Señor me conserva dentro de lo uno y fuera de lo otro.